

¡Haga la caridad cristiana de esconderme, se lo pido por el alma de quien tiene en el otro mundo!

ANITA ¿Qué es esto? ¿Quién es usted? ¡Martín! ¡Martín!

ESCENA VI

ANITA, MARTÍN, SANGRE NEGRA

MART. (Que ha entrado por la derecha.) Ya sé por qué me llamas con tal terror... No me preguntes, yo diré...

SANG. ¡Señorito de la buena alma, por Dios, escóndame, que la guardia me acosó! Si paso ahora el río, me abrasan de un tiro... ¡Señorito, por caridad!

MART. ¿Eres tú?

ANITA ¿Pero quién es este hombre? ¡Martín, defiéndeme!

MART. (Casi al oído de Anita, teniéndola en sus brazos.) Este hombre es... ¡un asesino!

ANITA (Gritando) ¡Virgen Santa!

MART. (Bajo.) Y yo soy otro... Yo maté á Irene... (Apartándose de Anita y acercándose á Sangre Negra.) ¡Ven, hermano, no te cogerán, estás bajo mi techo!

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

Una habitación baja, con puerta al fondo, que al abrirse deja ver el claustro, de columnas. Dos puertas laterales, dos ventanas al fondo, cuyas rejas también dejan ver el claustro. Esta habitación tiene carácter de despacho, pero sin severidad: está algo revuelta y descuidada. Hay mesa de escritorio, un canapé Imperio, enseres de caza, como frascos de pólvora y alforjas, librerías con libros en pergamino, mapas, un árbol genealógico, una urna con imagen dentro. Todo esto puede variar, con tal que se conserve la nota de un despacho anticuado, campesino y señorial á la vez. Es de día.

ESCENA PRIMERA

MARTÍN DE TRAVA, de codos en la mesa, con la cabeza entre las manos; ANITA, entrando; viste «deshabillé» elegante, pero sin compostura.

ANITA Martín... Martín... (Martín alza la cabeza.) ¿No querías tomar algo? Desde ayer tarde...

MART. No... Nada necesito.

ANITA Vamos á ver, Martín... Cálmate... Reflexiona...

MART. Reflexionaba, y muy fríamente, cuando entraste... Si estoy tranquilo, Ana.

ANITA Pues en ese caso, hablemos... (Se sienta cerca

- de la mesa.) Hablemos seriamente... De esta conversación pende nuestra vida. Cuando ayer me dijiste... aquella cosa... que no tiene nombre... me trastorné... Hui por no verte... Me encerré en mi cuarto... ¡Qué noche, qué angustias! ¡Un infierno!... Con la luz del día recobré un poco de serenidad. Hay que tener valor. ¡Aquí estoy! ¡Es preciso que todo se ponga en claro! Respóndeme. Un sí... Cuanto antes...
- MART. Aquí me tienes... Pregunta como si fueses mi juez.
- ANITA Si yo estoy segura de tu respuesta... Bastará que digas terminantemente: «Ayer tarde perdí unos momentos el juicio... y me acusé de lo que no hice ni soy capaz de hacer...» Y con estas palabras... ¡ya ves! ¡tan sencillas! volvemos á ser dichosos.
- MART. ¿Para nuestra dicha me pides que mienta, Ana? ¿No reclamabas ayer la verdad, con sed ardiente?
- ANITA ¡Pero esa verdad, no!
- MART. ¡Ah! ¡El grito de la miseria humana! Esa verdad, no, porque me duele, porque contraría mi deseo. Otras, otras verdades... ¡Las que duelan á los otros!
- ANITA Es que esa verdad... aunque lo fuese, que yo sostengo que no lo es... que es sólo delirio de tu locura... sería el absurdo... Lo monstruoso no es nunca verdad...
- MART. Tú invocabas la verdad... íntegra, sin velos. Decías que era hermosa...
- ANITA No, es horrible...
- MART. La verdad es como la muerte... La llaman los que sufren, y si acude, no quieren verla. Sí, pobre Ana... yo maté á Irene; yo, yo hice eso.
- ANITA ¡Más bajo! ¡Más bajo! ¡Las paredes pueden oír!
- MART. En esta casa, las paredes... saben. ¡Han visto!

- ANITA No porfíes, no he de convencerme... Alucinación, desvarío... ¿Por qué habías tú de matar á mi hermana? ¿Cometer tal maldad, siendo tan bueno? Si sólo pensarlo...
- MART. ¿No te dió esa puñalada más el conde de Portalegre? ¿No adivinas?... Lleguemos hasta lo último... La maté... la maté... ¡porque la adoraba!
- ANITA (Levantándose estremecida.) ¡Tú! ¡Tú!
- MART. La adoraba... No la había hablado á solas... Consintió en venir... La interrogué celoso... Quería todo de ella; quería que ni su aliento hubiese respirado otro hombre... Dijo la verdad... y la ahogué en sus labios... ¡Ese fué mi pecado! ¡Mi pecado, Anita! (se deja caer en el canapé.)
- ANITA ¡Calla, calla!
- MART. ¿Lo ves? Exigiste de mí lo que yo de ella... y cayó el rayo. ¡Lo ves!
- ANITA ¡Cómo pudiste!...
- MART. ¡Se me figura que no trataba de matar! Algo involuntario... Es decir... Dentro de mí había un ser que yo ignoraba, y ese fué el que asesinó... En mis entrañas dormía el instinto... ¡ese instinto inseparable del amor! ¡Se mata... porque se quiere!
- ANITA (Secándose los ojos.) ¡Ah! Basta de ofensas. Basta de llorar por los muertos. Debo llorar mi desdicha, mi propio amor, honrado y puro, y tan escarnecido. ¿Por qué perverso cálculo te casaste conmigo, Martín?
- MART. ¡Cálculo no, eso no! Me casé contigo porque ella me dijo que eras la única persona á quien profesaba infinita ternura... y porque noté que me querías, que sólo vivías para mí. Y también por ampararte, porque la desaparición de Irene arrojó mancha sobre tí. Hicé mal. Me equivoqué... pero no hubo cálculo innoble.
- ANITA ¡Ahora mientes! ¡Ahora mientes! Conmigo te casaste porque mi rostro era el suyo, y

- cultivabas no sé qué perversa ilusión. ¡En mí la buscabas á ella!
- MART. (Pensativamente.) Acaso, en lo íntimo, en lo oscuro, eso influyes... Lo que te afirmo ante Dios, es que no me di cuenta.
- ANITA ¿Y por qué? ¿Era Irene más hermosa? ¿Te amó más? ¿Te amó más?
- MART. No sé responder. No he amasado yo el barro de que estoy hecho.
- ANITA Ya que la mataste, debiste matarla del todo, no venir á mí teniéndola dentro viva. ¡Ni un instante de quererme!
- MART. Te quiero, Ana... de otro modo, mejor tal vez. Me has dado una hija. ¡No he de quererte!
- ANITA La prueba de que no me quieres es que á mí... á mí... no me matarías.
- MART. (Con extrañeza.) ¡Matarte! ¿A tí, matarte? Lo único que he deseado ha sido hacerte dichosa. Sólo por tí siento que sea tan sombría la verdad.
- ANITA ¿Vuelves á la tema? Estás desvariando. Y es contagioso. Yo razono contigo, como si te creyese... Y no te creo... Has forjado una novela descabellada.
- MART. ¡Ojalá!
- ANITA Pues vengan pruebas... pero pruebas positivas.
- MART. (Sorprendido.) ¿Pruebas? No existen. Ella misma, la infeliz, procedió de manera que las huellas estaban borradas de antemano.
- ANITA ¡Ya decía yo! ¡Si era infalible! ¿Lo ves? ¡Tú criminal! ¡Qué fantástico invento!
- MART. A pesar tuyo me crees, Ana...
- ANITA ¡No mil veces! Las palabras de un perturbado no hacen fe.
- MART. ¿Y si te presento un testigo?
- ANITA (Involuntariamente) ¿Santiago?
- MART. ¿Ves como lo sabías? Santiago, sí... llámale. No, yo le llamaré... aquí cerca tiene su habitación... ¡Santiago! ¡Santiago!

ESCENA II

DICHOS y SANTIAGO

- MART. Acércate...
- ANITA Mira si alguien escucha...
- SANT. Nadie anda por ahí...
- MART. Responde, Santiago... La señora no quiere convencerse...
- ANITA ¿Es verdad... es verdad que mi hermana... que aquí...?
- SANT. (salta y se domina instantáneamente.) No entiendo ese preguntar...
- MART. Si lo entiendes... No solo te autorizo á decir verdad, sino que te lo mando.
- SANT. No sé lo que me ordenan, y mal puedo obedecer.
- MART. ¿Te burlas de mí? ¿Ignoras lo que sucedió aquella noche, lo que hice yo, lo que tú hiciste? Ea... refiérelo, sin poner ni quitar.
- SANT. Cuanto el señorito disponga se hará, en comprendiendo lo que es... Pero no he de ponerme á inventar para contar embusterías.
- MART. Encarnación del engaño, quitate de mi vista... Vete, engaño en figura de hombre... No, soy yo quien se va... Necesito respirar... ¡Aire! ¡Aire, que no este cargado de mental! (Sale desatinado por el fondo.)

ESCENA III

SANTIAGO y ANITA

- ANITA (A Santiago, que hace ademán de retirarse.) Aguarda, Santiago... Has hecho bien en callar, pero era inútil... Lo que asegura el señorito... demasiado cierto es.

- SANT. ¡Por el alma de mi madre, que no sé lo que asegura!
- ANITA ¡Lo sabes! Quisiera cerrar los ojos... repetir «¡Es falso!» Pero allá dentro oigo: «¡Verdad! ¡verdad!» Sí... entre estas paredes, mi marido asesinó á mi hermana... Niega si quieres... No, es mejor que confieses: mejor para todos.
- SANT. (Titubeando.) Yo...
- ANITA Si eres leal, debes confesarlo... á mí... á mi sola.
- SANT. ¿Leal? Siendo yo pequeño, díjome mi madre: Santiago, el mi hijo, cuando fueses por un camino con el señorito tuyo, y os salga can rabioso, si no consigues matarlo, déjate morder para que el señorito escape... Y así se haría... y ley tengo á la casa, que aguantaría de ella con los hombros.
- ANITA Pues no receles, no receles de mí, Santiago. ¡Mira que nos amenaza una desgracia mayor; que hay quien conoce lo que tú crees oculto... y que mi interés es el tuyo, y que te necesito, que es preciso defenderse!
- SANT. (Aparte.) Es una mujer... No, es mi señora...
- ANITA Vamos, dí... Si no me dirás nada nuevo... ¡Si aquí fué, aquí!... A lo esencial... ¿Quedan rastros?
- SANT. (Decidiéndose.) Ni esto, señora mi ama... Ni señal. Eso era cuenta de Santiago, y lo que es cuenta mía, no falla. Que arrasen el Pazo si quieren.
- ANITA ¿Y testigos?
- SANT. Tampoco... Una persona vió algo... Ya está en el mundo de la verdad...
- ANITA (Respirando.) Entonces... poco pueden conseguir aunque nos delaten.
- SANT. Poco... á menos que...
- ANITA ¿Qué? ¡Acaba, explicatel!
- SANT. Que... que el mismo señorito...
- ANITA ¿El mismo señorito?... ¿Has dicho el mismo... Martín?
- SANT. Señora mi ama... A mi humilde parecer,

- desde lá condenada noche de la desgracia, el señorito no quedó muy sano de la cabeza... No es de persona con juicio el amparar á ese mala casta de Sangre Negra, que ahí le tengo encerrado en el escondrijo, esperando á que la guardia se canse de rondar por estas cercanías... Y aun lo peor del caso no es el ampararle, sino las hablas y los decires que se le escapaban al señorito ayer, delante del señor cura, del notario, del cabo, de todos. Parece que su afán era gritarles á voces: «Yo, yo también maté...»
- ANITA ¡Ah! (Pausa.) ¡Santiago! Eso faltaba... Eso lo sospeché... Pero no quise admitir ni la sospecha... Prefería tenerme por insensata... ¡Y era cierto!... ¡Martín se delatará!... ¡En público... en público!
- SANT. Diremos que ha loqueado... Conformes la señora y yo, valdrá el testimonio.
- ANITA ¡No, Santiago! Hay quien tiene interés en que esa negra verdad salga á luz... Hay quien sabe que el culpado es Martín. El conde de Portalegre va á denunciarnos.
- SANT. Su quinta es cerca de Ourense... se le puede mandar un recado en el taco de la escopeta...
- ANITA ¡Jesús!
- SANT. Cuando un hombre no calla por bien...
- ANITA Lo que asegure el conde de Portalegre no valdrá nada si no está de acuerdo con lo que diga Martín. Que guarde silencio Martín, y basta.
- SANT. ¡Y lo guardará! No querrá perderse, perder á todos.
- ANITA Oye, Santiago... No te extrañe... Un capricho... ¿Tu amo... quería mucho... á aquella?
- SANT. ¡Así no la quisiese! ¡Así tal mujer no hubiese llegado nunca á Trava!
- ANITA ¡Sí, ojalá que!... (Aparte.) ¡Qué es esto! Iba á maldecir á Irene... ¡Yol! ¡Hermana, desdichada hermana mía!

ESCENA IV

DICHOS; MARTÍN por la puerta del fondo.

MART. Pronto, Santiago... Acabo de saber por Migalla que los guardias han tenido soplo de que Sangre Negra está oculto aquí, y vienen á registrar, á prenderle... Sácale por el jardín, haz que pase la barca; dale algún dinero... La fuerza trae el camino de Quintós. Es el mejor momento, no vigilan la orilla del río. Pero hay que volar. Despacha. (Santiago sale apresuradamente por la izquierda.)

ESCENA V

ANITA y MARTÍN

ANITA ¿Qué te importa ese hombre? ¿No tienes bastante con tu propio cuidado?

MART. Siento un anhelo muy grande de ejercitar la piedad.

ANITA Bien, que se salve el bandido, y salvémonos también nosotros, que urge. Hay que disponer nuestra marcha. Nos iremos esta tarde misma. Saldremos de Trava primero, de España después. Antes del plazo que señaló Portalegre estaremos en Francia. Tierra en medio... y á tratar de olvidar, Martín. ¡El tiempo y la distancia, qué grandes médicos! Ana... ¡Me duele afligirte, y no puedo... no puedo evitarlo! Es tarde. Se ha despertado mi conciencia. La conciencia despierta pide ración de carne y sangre... Yo quiero acusarme de mi crimen, en alta voz, expiar, ser humillado. Es preciso... ¡Comprende que es preciso!

ANITA ¡Acertaba Santiágo! ¡Acertaba! ¡Dios nos ampare!

MART. Así ha de ser. Resignate.

ANITA No, no me resigno. ¡Me indigno! ¡Te despreciaré! ¡Te odiaré!

MART. Será otra forma de mi expiación. Usurpé tu cariño engañándote. Sabiendo la verdad no me hubieses querido. Aborréceme, pues; es justo.

ANITA No me hagas caso. ¡Aborrecerte! Te adoro, Martín, te adoro... más que nunca, de otra manera, con vehemencia mortal... Te imploro, me echo á tus pies. No, no te pido por el amor... El amor me lo robaste. De esto no se trata. Pido por la memoria de tus padres, por el nombre de tu hijita, que está en la edad en que las acciones ajenas nos trazan el destino. Por todo esto, si es menester, de rodillas..

MART. Por todo eso callé. Pero la verdad amordazada se agitaba, quería salir. Era una criatura que tenía que nacer, sin remedio. ¿Te acuerdas lo que ayer hablábamos? A costa de honra y vida, atrae la verdad. Escucha, Ana. Hay un consuelo para mí. Fui tentado, cometí el crimen, pero creo... creo en algo que no es tierra, en la bondad, en la misericordia. ¡Si no creyese, ya no viviría!

ANITA ¡Ah, Martín! ¡Desgraciado! Piensa, considera...

MART. Cuando vengan por un reo les diré que aquí tienen otro. Y no me compadezcas. La primer noche sobre las losas de una cárcel será la primera que dormiré con sueño de paz. ¡No sabes lo que he sufrido! Mira mis canas prematuras, mi cara demacrada, macilenta por el dolor.

ANITA ¡Tu dolor es por ella! ¡Llamas conciencia á la pasión! ¡No has logrado borrarla de tu memoria!

MART. ¡Quizás ese sea el arcano! La veo siempre,

- no en tí, en todo. ¡Así que confiese, quizás me libre de la brujería del recuerdo!
- ANITA ¡Estaba segura! ¡Sea! ¡Qué importa! Mis ilusiones, mi ventura, fueron humo... Sálvese la honra. ¡No tienes derecho á quitármela!
- MART. No se trata de derechos... Hay algo más hondo que el derecho, y es el sentir... No porfies... Déjame ir adonde me lleva este impulso, para mi sagrado... Lo que me hizo criminal fué el misterio que envolvió mi acción. ¡Santiago, Santiago me hizo criminal! Confesaré... y la inocencia me cubrirá, como si yo fuera otra vez niño... La inocencia no. ¡El perdón... que es más divino todavía!
- ANITA No, no te vayas así... Tienes que dar un beso á tu hija, si te atreves... Ven conmigo, ven... ¡Ten ese valor!...
- MART. No... Déjame, déjame... ¡Eso no!... Prefiero verla... Déjame... (Sale huyendo por la izquierda.)

ESCENA VI

ANITA. Después, SANTIAGO

- ANITA No me escucha... Se escucha á sí propio, á su delirio... ¡Hace pocas horas pisé esta casa, entre sombras de engaño... y era feliz! Quise luz, quise verdad... y aquí estoy, sin esposo, sin nombre que no me afrente... ¡Confundida sea la verdad! (Entra Santiago.) ¡Ah! Santiago... ¿Qué quieres?
- SANT. ¿No está el señorito? Venía á decirle que el peje que me mandó acompañar queda en salvo. Ha pasado el río. Ya no le pillan. ¡Y si me descuido! Dentro de unos minutos tenemos aquí la guardia. ¡Vaya con Judas el bribón! Por él se le barajaron los sesos al señorito.
- ANITA ¡Minutos! Santiago... tenías razón. Martín ha resuelto entregarse... ¡Se acusará de... del...

- (Echa las manos á la garganta con mímica de que no puede hablar, que Santiago entiende de otro modo.)
- SANT. No se apure... No se desespere... En sacándole de aquí... Y le sacamos, le llevamos, aunque sea amarrado.
- ANITA Tiene una voluntad muy resuelta y muy firme. No cede. Todo concluyó, Santiago. No hay casa de Trava; no hay sino la deshonra, la cárcel.
- SANT. Yo cojo clavos y martillo, claveteo la puerta de su habitación, y no ve á la guardia, no ve á nadie... ¡Mala centella! El señorito no debia portarse así, aunque solo fuese por Santiago... Si en esto habíamos de acabar, no sé para qué tuve á mi madre... como la tuve; no sé para qué la dejé secar de soledades; no sé para qué he pasado tantas noches en vela con los pelos de punta y sudando frío, ¡señora mi ama! porque un hombre es un hombre, y el corazón le pega saltos, y al matar la luz vienen los pensares fuertes, y al fin lo que yo hice es cosa que cuaja la sangre, y lo hice por la casa, y por el amo, por sacarle bien, por librarle de lo que ahora él busca... ¿Somos chiquillos? ¿Se quiere una cosa hoy, otra mañana? Mientras viva Santiago, no sucederá, ¡así se empeñe... quien sea!
- ANITA Solo tú me das aliento... ¡Mi hija, que va á quedarse sin padre! ¡Mi hija! ¡Santiago, defiéndela! Fíe en tí... ¡Defiende su nombre!
- SANT. Silencio... ¡Viene el señorito!

ESCENA VII

DICHOS y MARTÍN

- MART. Santiago... ¿has cumplido la orden? La guardia se acerca. Viene por la revuelta del molino.

- SANT. ¡Cumplida está! (Sale por la izquierda.)
 MART. (A Anita.) Dame un abrazo de perdón... Vamos á separarnos... ¡quién sabe por cuánto tiempo! Ana... tú sí que debes salir de aquí, alejarte, ir adonde no oigas pronunciar mi nombre, donde ignores la suerte que me aguarda. No te aflijas así... Mira, persuádate de que, conocida la verdad, aclarado el misterio, quedábamos imposibilitados, no digo para querernos... hasta para gustar el pan juntos, á la misma mesa. Lo que yo hice nos separaba eternamente. ¡Ella estaba entre nosotros, como una espada desnuda, y yo, lo mismo que ella... muerto para tí!...
 ANITA ¡Más te valiera...!
 MART. Bien dices, pero no por esto que hago ahora, ¿entiendes?, sino por lo que hice antes. Morir... ó no haber nacido... ¡quién lo desearía más que yo! Acato la voluntad que me trajo á este mundo; estoy en sus manos... ¡espero que me libertará! Ana, que fuiste mía... no es á mí á quien debes ya cuenta de tu existir... Adiós... Salgo al encuentro de la justicia humana.
 ANITA ¡Martín! ¡Por compasión! ¡Te ruego por última vez!
 MART. Adiós... No creas que es arrebatado de un instante... Es impulso antiguo, y si no lo siguiese hoy lo seguiría mañana... Es la verdad que me llama... ¡y yo soy suyo! (Sale por el fondo.)
 ANITA (Riendo nerviosamente.) ¡Suyo! ¡Suyo! ¡De la verdad, no! ¡De Irene... de Irene!... ¡Y se va! ¡Santiago! ¡Santiago!

ESCENA VIII

SANTIAGO por la izquierda, ANITA

- ANITA (Viendo entrar á Santiago) ¡Se va! ¡Se va! Santiago, ¿no ves que se va, que no me escucha?

- ¡Va á entregarse... á delatarse...! ¡Detenle! ¡Detenle!
 SANT. (Después de un momento de lucha muda.) Se hará, señora. (Sale corriendo por el fondo.)

ESCENA IX

ANITA. Después SANTIAGO, CRIADOS, GUARDIAS

- ANITA Sí, detenle, tráele... (De pronto.) ¡Oh, Virgen Santa! ¡Qué presentimiento, qué idea terrible! ¡Santiago, Santiago! ¡Déjale! ¡No puedo moverme! ¡Me tiemblan las piernas, me caigo!... (Casi en el suelo.) ¡Santiago! ¿No oyes que te mando volver? ¡Socorro! ¡Martín! (Se levanta.) ¡Martín! Soy una miserable: eran celos... celos, furia... ¡También yo criminal!... ¡Santiago! ¡Ay de mí! (Ruido dentro, que se acerca. Exclamaciones. Los criados corren, rodeando y empujando á Santiago, que viene desencajado, con su escopeta de caza empuñada todavía. Detrás los guardias.)
 CRIADOS ¡Qué desgracia!
 MIG. ¡Nos valga el Señor! ¡Ay qué miedo!
 CRIADOS Santiago... en la misma puerta... al señorito...
 SANT. (Arrojando la escopeta.) ¡Yo, no lo niego! ¡Que me prendan! (La guardia se le echa encima.)
 ANITA ¡Martín! ¡Martín mío! (Adelantándose.) Soy cómplice de ese hombre... (Telón.)

FIN DEL DRAMA